

## SAN IGNACIO DE LOYOLA



La Iglesia de Jesucristo tiene su lenguaje propio, lenguaje del espíritu, celestial, divino.

Yo quiero dejar hoy las alturas de la cátedra sagrada y hablar dos palabras en ese lenguaje, desde la redacción profana de un periódico.

San Francisco de Regis predicaba en medio de los bulliciosos concursos de los mercados públicos y se dejaba oír dando la voz de atención con una campanilla y subido sobre las mesas de contratación. Tan grande es la agitación y el voserío de los mercaderes en torno mio y tan débil y tan desautorizada mi voz, que temo no poder dejarme oír por mucho que llame la atención hácia mi persona.

Ah! Y si se aperciben de lo que voy á hablarles, me volverán las espaldas con desdén y ahogarán mis palabras con las suyas de mercachifles, bien presto. Hablar el lenguaje del espíritu, hablar de cosas ultra-terrenales entre banqueros, bolsistas, mineros, fabricantes y navieros y armadores, es como querer quedarse sin un oyente á la primera palabra.

No: es que todos esos son bascongados y yo les hablaré de San Ignacio de Loyola; son hombres de negocios, de trabajo; por eso les hablaré dos palabras solamente para no causarles enojo.

Todos contemplamos poseídos de una grande admiración á San Ignacio de Loyola. Claro está, puesto que es una de las grandes figuras de la historia, como decimos en el lenguaje de ahora.

Pero no pasamos en esto de una estéril admiración á la imitaci-

práctica de los rasgos de su fisonomía moral, de su carácter distintivo. Y digo yo que no podemos lamentarnos de nuestra degeneración social, que nos incapacitamos, en absoluto, para recuperar perdidos y enviados bienes mientras no informemos nuestra conducta en las grandes lecciones de la historia patria y no tratemos de copiar sus bellos modelos. Tenemos que llorar como mujerzuelas á la vista de la patria perdida como Bohabdil el Chico, si no queremos, como hombres de corazón, salvarla en el peligro.

Una de las cosas que nos trae más echados á perder hoy es el rebajamiento de caracteres, la carencia de sentido moral.

Hoy escasean mucho las grandes figuras; sólo vemos, si acaso, figurones en torno nuestro. La fé religiosa y la hidalguía acrisolada y la caballerosidad sin tacha y hasta la misma hombría de bien, lejos de constituir normas de conducta son antiguallas despreciables y palabras de huero sentido.

Las riquezas son ¡quién lo dijera! el único título aceptable de encumbramiento: quien quiera ser grande tiene que fabricar un pedestal de oro á que encaramarse. Entonces se rendirán todos ante él servilmente y le prestarán acatamiento.

Un pueblo de estas condiciones no puede comprender ni puede deleitarse en estudiar al caballero lejendario que la Iglesia ha levantado al honor de los altares, al bascongado ilustre, á esa figura saliente de la patria historia, á San Ignacio de Loyola.

Cuando la falta del vital espíritu religioso insensiblemente deja extinto su organismo todo, ¿cómo hablarle del que tomó por lema de su bandera: *todo á la mayor gloria de Dios*? Cuando los timbres nobiliarios se han arrojado en medio del arroyo con punible desdén, ¿cómo instigarle á que tome por modelo al linajudo caballero de Loyola? Cuando el sórdido metal es el objeto de todos los afanes, ¿cómo pretender que se asocie al que despreció el mundo para ganar almas para el Cielo?

El que es poderoso por sus riquezas, podrá conseguir que se le inclinen flexibles los espinazos, pero no podrá rendir los corazones que sólo conquista la virtud hermosa y seductora. El pueblo poderoso por la fuerza material, solamente podrá dominar á otro más debil, pero si en vez de regalarle con las positivas ventajas de la civilización cristiana le explota para chuparle las venas de su riqueza, no podrá impedir que el odio se condense en forma de tempestad social formidable

que al fin traiga la emancipación de la víctima si se hace digna de su libertad.

Muy poco apetecibles, despreciables son los homenajes que no los tributa un corazón rendido, una inteligencia convicta; ficticia es la superioridad sobre un pueblo que no tiene motivos de agradecimiento hácia el que quiere ejercer sobre él un falso protectorado.

Si en el horizonte de Cantábría brillan todas las virtudes cívicas y enaltecida con los resplandores de la fé cristiana sube hasta el Cielo la dignidad humana en el solar bizcaino; si en el santuario de la conciencia hallan entre los bascongados ferviente culto las virtudes privadas; si la honradez acrisolada es, como lo fué, norma de la vida social, la Euskaria será, temida no, sino respetable y respetada, digna de su gloriosa prosapia, de su historia, y acaso de los grandes destinos para que le reserva la Providencia.

Yo diré en la festividad del treinta y uno de Julio señalando la figura colosal de San Ignacio de Loyola, orlada su hermosa frente con un nimbo de gloria celestial: He aquí un buen bascongado; imítadle.

JUAN JOSÉ DE LECANDA

*De la Congregación del Oratorio.*

Zaldívar, Julio de 1892.

